

149

LA INSURRECCION, UNA PREVISION ESTRATEGICA NECESARIA

Carlos Bau y Rodrigo Andrade .

Wijnhaven 25.
2e verdieping.
3011 WH Rotterdam.
Phone: 010-122114.
The Netherlands.

Rodrigo Andrade

Carlos Bon

El derecho a la rebelión.-

En los últimos meses y en diversos documentos, las fuerzas de la izquierda chilena y otros sectores democráticos han planteado que la rebelión es un derecho que le asiste al pueblo, y que a partir de la constatación de una determinada realidad económica, social y política -impuesta al país por la profunda contrarrevolución fascista-, parece ya evidente que cualquier transformación democrática exige como requisito previo el derrocamiento de la dictadura.

Las proyecciones que contiene un planteo de esta naturaleza y el hecho concreto de que en el último período se hayan producido en el país una serie de acciones de carácter armado, más el nuevo marco político de referencia que establece la dictadura con la farsa de plebiscito, la imposición de la Constitución y el acelerado avance de las llamadas modernizaciones, determina la necesidad de que se abra paso en el movimiento popular y democrático a un intercambio serio y franco de opiniones en torno al tema.

A nosotros nos parece que el debate es necesario y útil, en la medida en que el tema aparece promovido por la vida, es decir por la marcha real del proceso social y político. No estamos por lo tanto en presencia de un puro debate academicista, sino que las conclusiones que de él se extraigan y su transformación en políticas concretas, incidirán sobre la marcha del proceso antifascista, democrático, nacional y popular, de cuyo éxito depende objetivamente la suerte futura de la nación.

-Parece necesario señalar en primer lugar, que los aspectos sustantivos de este tema, no son nuevos en la izquierda. Con diversos énfasis y muchas veces utilizando otros conceptos, la esencia de lo que ahora se denomina el "derecho a la rebelión" ha estado presente, a partir del golpe de 1973, en la formulación de partidos y dirigentes del movimiento popular. Sin embargo, también es cierto que el planteamiento ha cobrado ahora una mayor fuerza y sus repercusiones políticas tienen un mayor alcance. A nuestro juicio esta realidad desmenuza en dos aspectos principales. En primer lugar, la situación política concreta en el plano nacional y las modificaciones que en ella se han producido, principalmente a partir del plebiscito y de la aprobación fraudulenta de la nueva Constitución, y en segundo lugar, por el nuevo período que se ha abierto en América Latina y que ha tenido como punto más alto y culminante el triunfo de la revolución popular de Nicaragua, así como también la heroica lucha armada de el pueblo de El Salvador.

-Ya en otras oportunidades hemos señalado que hacia finales de los años 70 comenzó la recuperación del movimiento popular y democrático latinoamericano, que había sido fuertemente golpeado por la contraofen-

siva que el imperialismo lanzó a comienzos de la década de los años 70. Parece evidente que desde entonces, con una tendencia creciente y abarcando cada vez a más países, el movimiento popular se fue recuperando de una etapa defensiva y de reflujos.

No queremos en esta oportunidad reiterar en detalle las complejidades de este proceso, cuyos ritmos no son idénticos en todos los países, y que está sujeto también a retrocesos circunstanciales. Pero existe una tendencia principal, y esta se encuentra señalada por la recuperación paulatina del movimiento popular, por el crecimiento de las acciones de masas, por la amplitud que va ganando el movimiento democrático y por el significativo avance que en algunos países del Continente van logrando las fuerzas revolucionarias; elementos estos que se unen para buscar absorber y finalmente derrotar, por diferentes caminos, a la contraofensiva del fascismo y el imperialismo.

En este cuadro general, la victoria de la revolución popular en Nicaragua, el proceso antiimperialista en Granada, el ascenso de las luchas en El Salvador y en Guatemala, la imposibilidad de las dictaduras fascistas de extirpar de raíz la resistencia de nuestros pueblos y su voluntad de democracia e independencia, la reciente victoria del pueblo uruguayo, la conducta de gobiernos como el mexicano y el prestigio creciente de la revolución cubana, no son fenómenos producto de la casualidad. Ellos son por el contrario el reflejo de una corriente histórica social que atraviesa todo el Continente y que después de la victoria cubana ha sacado el problema de la necesaria superación del capitalismo del puro nivel de la acción propagandística para colocarlo como un objetivo estratégico concreto del período. Con ello, el problema del poder gana en actualidad y la revolución democrática, nacional y popular es ya una necesidad que se encarna con el destino concreto de nuestros pueblos y la vigencia histórica de nuestros países.

Si en última instancia nosotros consideramos este nuevo período que se ha abierto en América Latina -y particularmente el triunfo de Nicaragua, que es su más alta expresión- como el fruto de una realidad que madura contradictoriamente en todo el Continente, entonces no podemos explicar estos hechos sólo en función de las peculiaridades de algunos países y menos aún ignorar o minimizar lo esencial de las enseñanzas políticas y militares que ellos brindan. Claro está que para no volver a caer en errores y en la tentación fácil de trasladar mecánicamente las realidades, se hace necesario descubrir en estos procesos tanto sus especificidades como aquellos elementos que tienen un alcance y una validez política, estratégica y táctica de carácter general.

Como reiteradamente lo han señalado los dirigentes sandinistas, la victoria del pueblo nicaragüense tuvo en su base el desarrollo y la formación de un frente político, social e ideológico de gran amplitud; la victoria revolucionaria supuso en ese sentido y en primer lugar un

triunfo político, pero también resultó de un triunfo militar de las fuerzas populares. Ello fue posible además por la neutralización de los sectores imperialistas en el ámbito internacional y la consecuente creación de un amplio frente de fuerzas democráticas y antiintervencionistas. Sintetizando, la victoria -más allá de las especificidades que encierra todo proceso nacional- fue el resultado de la conformación de una vanguardia política unitaria que supo elaborar y aplicar una estrategia justa y enlazarse con la más amplia unidad de todos los sectores antidictatoriales; de la combatividad de las masas y de la justa combinación de los factores políticos y militares. También este triunfo tiene que ver con el hecho que las diversas fuerzas democráticas que concurrieron a la derrota de la tiranía, lograron acuerdo en lo principal: descubrir el carácter nacional del objetivo de derrocar a Somoza y terminar con el intervencionismo estadounidense, lográndose así que todas las diferencias se convirtieran en secundarias.

Sin duda ninguna, el proceso nicaraguense está plagado de enseñanzas útiles tanto en el plano de los grandes lineamientos estratégicos, como asimismo en los tácticos.

Parece evidente que el derrocamiento de las dictaduras puede llegar a adquirir las formas más diversas; pero simultáneamente parece irse confirmando la apreciación de que el proceso revolucionario en la mayoría de los países del Continente asumirá formas armadas en una u otra etapa de su desarrollo. Esta afirmación no resulta de una pura consideración subjetiva, sino que descansa en un análisis que toma en cuenta elementos objetivos tales como: el carácter y la voluntad contrarrevolucionaria del imperialismo estadounidense; la profundidad que asume la lucha de clases en países capitalistas y dependientes; el impacto que significa para la estrategia global del imperialismo cada victoria de nuestros pueblos y la existencia de regímenes de fuerza en la mayoría de nuestros países.

Búche armada y alianza democrática.-

A la vez parece demostrarse el error de querer oponer mecánicamente la flexibilidad política y la necesaria amplitud de las alianzas, con la necesidad, capacidad y decisión de orientar a los más vastos sectores nacionales a una lucha que llegue hasta las últimas consecuencias. Y corregir este error es especialmente importante, cuando nos asiste la certeza de que independientemente de las formas que adopte el desenlace final o de la diversidad de requerimientos tácticos que cada fase de un proceso vaya exigiendo, lo fundamental será siempre la unidad de las masas populares y de todos los sectores interesados en restablecer la democracia y asegurarla contra los ataques de los monopolios nacionales e internacionales.

-Tanto los nuevos procesos que se viven en América Latina, como asimismo la situación que se ha creado en nuestro país a partir de la

aprobación fraudulenta de una Constitución que pretende desplazar definitivamente al pueblo y sus organizaciones democráticas del ámbito de la decisión y acción política y que entierra toda ilusión en un proceso evolutivo hacia la democracia, hacen más evidente que nunca la necesidad de perfilar un camino concreto que se ponga al objetivo de derrocar a la dictadura. A este objetivo deben apuntar todos nuestros esfuerzos y para alcanzarlo debemos saber unir nuestra voluntad con una justa apreciación de la situación política, con la aptitud para anticipar el curso más general de los acontecimientos y prever el desenlace más probable de los mismos y con la capacidad para desplegar -a partir de lo anterior- las iniciativas políticas concretas que nos permitan avanzar, aun en medio de todas las dificultades y posibles reflujos que la vida nos vaya imponiendo.

-En diversos trabajos de las fuerzas populares, en Chile y en el exterior, se han ido analizando los rasgos principales de la actual situación política. No creemos necesario, por lo tanto, reiterarles en profundidad. Para los fines de este artículo nos parece suficiente señalar en forma resumida aquellos elementos centrales que a nuestro juicio surgen de la mayoría de los análisis.

En primer lugar, va quedando claro para todos que el enemigo que tenemos que enfrentar y vencer dispone de una fuerza real. La evolución de los acontecimientos ha confirmado nuestra antigua afirmación de que el fascismo no es un accidente en la vida del país. Ya es evidente que no estamos ante un nuevo episodio de la tradicional dominación monopolística en Chile, ni ante una dictadura del tipo de las que han existido en la mayoría de los países de América Latina a lo largo de su historia.

La dictadura fascista en Chile reposa en un bloque que reúne tres objetivos comunes y de largo aliento a las fuerzas imperialistas, a los principales grupos monopolísticos y a los altos mandos de las fuerzas armadas, que controlan hasta hoy día sin contrapeso efectivo al conjunto de las instituciones militares.

Con los significativos elementos de fuerza de que dispone, este bloque viene impulsando el intento más serio, coherente y profundo, destinado a instalar la dominación compartida de los monopolios, perpetuar esa dominación y abriminar en función de ese objetivo todos los obstáculos que se le puedan oponer. Es en este cuadro que se inscriben las profundas transformaciones contrarrevolucionarias en todos los terrenos de la vida del país, la voluntad de imponer las llamadas "modernizaciones" y la mantención e intensificación del terror represivo.

Una consideración de la fuerza de la dictadura, de su proyecto político y de los avances que ha logrado en su aplicación, nos permite no incurrir en una subestimación política o militar del enemigo y del peligro real que encierra su proyecto contrarrevolucionario. Pero a la vez -y entramos así en un segundo elemento- tampoco podemos deslizar nos ha

cia una postura fatalista. Y esto porque los hechos nos demuestran que la lucha obrera y popular continúa a pesar de la fuerza y la voluntad contrarrevolucionaria del régimen.

El hecho de que el fascismo no actúe sobre un país inerte y pasivo tiene sus explicaciones, y por cierto ellas están bastante lejos de ser una apreciación subjetiva. En primer lugar, en Chilese mantienen, agudizadas ahora por la presencia del fascismo, todas las manifestaciones de su crisis estructural. Son ellas las que crean en última instancia las condiciones para que amplios sectores se sumen o puedan sumarse en el futuro a la resistencia antifascista. En segundo lugar, en Chile y por múltiples conductos se sigue recibiendo la influencia de una realidad latinoamericana y mundial cuya tendencia principal apunta a transformaciones democráticas y antiimperialistas, y en tercer lugar, y principalmente porque en ~~Chile~~ nuestro país el fascismo tampoco ha podido quebrar en lo esencial la resistencia del pueblo, asentada en antiguas tradiciones de lucha y conciencia obrera y popular, hecho este que influye y actúa con la existencia de un amplio abanico de fuerzas sociales, políticas e ideológicas que apuntan hacia la autodeterminación política y económica del país.

Todos estos elementos se conjugan y expresan en las diversas acciones que hoy despliega el movimiento ~~trabajador~~ obrero, los estudiantes y académicos, el movimiento femenino, los pobladores sin casa, sectores profesionales, etc. En definitiva, "no es casualidad que la principal victoria que hemos alcanzado en estos años ha residido en el hecho de que contra la voluntad de la dictadura y enfrentando su poder, miles de chilenos se han reagrupado y reenfocado en viejas y nuevas organizaciones, descubriendo en ellas nuevas escuelas de unidad, experimentando a partir de ellas nuevas formas de combate, manifestando en ellas su protesta y rebeldía... Es un hecho de gran proyección estratégica que en esas formas orgánicas múltiples y muchas veces autónomas se hayan creado espacios de encuentro entre cristianos, marxistas, laicos, sacerdotes, jóvenes, obreros, maestros, artistas, intelectuales, cuya acción muchas veces anónima e imperceptible contribuye hoy día a reorganizar el país y a desarrollar desde la profundidad de sí mismo toda su capacidad para rebelarse contra la tiranía." ~~(1)~~ (1)

Los dos elementos señalados nos muestran que el fascismo es el mismo tiempo fuerza y debilidad del imperialismo y el capital financiero. Para servir a la más estrecha cúspide de las clases poseedoras, debe necesariamente incrementar el grado de explotación e intentar arrear con las mejores tradiciones democráticas y nacionales y con ello se enfrenta a múltiples corrientes que aspiran a la libertad y a la independencia.

La necesidad y posibilidad de terminar con un régimen de esta naturaleza tiene por lo tanto bases objetivas, de lo cual no podemos deducir

que este logro será fácil o automático. Sobre la base de las condiciones existentes, el éxito de nuestra lucha pasa a depender cada vez más del grado de unidad y conducción del movimiento popular, de su capacidad para promover y enlazarse con el más amplio movimiento nacional que reuna a todas las fuerzas opositoras, del carácter decidido con que impregnemos la lucha contra la dictadura y de nuestra actitud para desarrollar en calidad y cantidad el combate de las masas. En resumen, de nuestra capacidad y voluntad para superar nuestras propias debilidades y formular una estrategia clara y viable, que coloque en su centro la unidad más amplia de las fuerzas opositoras y el combate de las masas.

El camino para derrocar a la tiranía.-

-Es a partir de esto que nos parece indispensable que nuestro Partido y el conjunto del movimiento popular procedan a anticipar el curso más general de los acontecimientos y el desenlace más probable de los mismos, es decir, definan un camino para el derrocamiento de la dictadura.

Quando enfatizamos en este elemento no lo hacemos por puro voluntarismo. Más bien estamos pensando en dos aspectos muy concretos que para nosotros tienen una extrema importancia en el plano de la praxis revolucionaria. Por una parte, somos de la opinión que el movimiento popular puede lograr en torno a este elemento un campo de acuerdos sólido y permanente. Así al menos parece indicarlo un conjunto de recientes documentos y declaraciones de diferentes partidos. Por otra parte, la definición del camino del derrocamiento es parte sustantiva del conjunto de la concepción estratégica de todo movimiento revolucionario que se enfrenta a una dictadura reaccionaria.

Con diferentes énfasis o matices, en general hemos coincidido en estimar que la revolución chilena atreviera por una etapa cuyo carácter es democrático y antiimperialista, y sobre esa base hemos fundamentado en común la necesidad y posibilidad de crear un amplio movimiento social, político e ideológico, lo suficientemente estable y poderoso como para llevar adelante con perspectivas de éxito los objetivos transformadores que nos planteamos. Hemos definido también que un movimiento de esta naturaleza debe incluir a la clase obrera, los campesinos y capas medias urbanas, principalmente el estudiantado y la intelectualidad, y que la fuerza de la clase obrera en su alianza con las capas medias puede determinar la incorporación de sectores no monopolizados de la burguesía. Incluso hemos avanzado en señalar que la dictadura debe ser sustituida por un gobierno democrático y provisional, integrado por todas aquellas fuerzas sociales, políticas, ideológicas y militares que concurren al derrocamiento de la dictadura.

Es decir, hemos definido el carácter de la revolución, sus fuerzas motrices, la necesidad y posibilidad de una determinada política

de alianzas y el tipo de gobierno que sucederá a la dictadura. Todos ellos son elementos que conforman una determinada concepción estratégica; pero a la vez esa formulación quedará a todas luces incompleta, si a los elementos señalados no incorporamos el camino que consideramos como más probable para proceder al derrocamiento de la dictadura. En otras palabras, puede llegar a resultar incomprensible ~~que~~ que definidos todos los otros elementos, no demos una respuesta acerca de la forma en que se abordará el problema fundamental de toda revolución, el problema del poder.

Nos parece evidente que sólo una formulación estratégica que recoja e integre el conjunto de estos elementos, es lo único que puede evitar el que vivamos reducidos a una actitud defensiva o meramente reactiva, con poca capacidad de respuesta o respondiendo siempre en forma tardía, y lo que es más grave aún, arriesgando a introducir en el combate popular políticas oportunistas de derecha o de izquierda.

Por el contrario, cuando se dispone de una determinada previsión estratégica, es decir cuando sabemos a donde vamos y lo que queremos, entonces estamos en condiciones de ordenar nuestra política concreta, de decidir con mayores posibilidades de acierto acerca de los énfasis que ponemos en cada tarea y en cada paso táctico; en definitiva, estamos haciendo que el movimiento popular cobre toda su estatura política y cumpla con su necesario rol de vanguardia.

Aunque parezca reiterativo, no está demás señalar que todos los sucesos de estos últimos años nos confirman la antigua hipótesis de que esta dictadura no va a caer sólo por el peso de sus contradicciones o sólo por la presión de la solidaridad internacional, con toda la importancia que ella tiene. A esta dictadura tendremos necesariamente que derribarla. Pero lograr este objetivo no es sólo un problema de deseos, sino más bien de posibilidades. Y ellas deben ser creadas a través de una política conciente. Para nosotros -y creemos que ya para todo el movimiento popular- avanzar por este camino supone conjugar el desarrollo de la lucha de masas y el avance hacia un acuerdo político entre las fuerzas democráticas. Sólo desarrollando con paciencia y tenacidad estos procesos podremos a la vez plantearnos con seriedad el objetivo -siempre necesario- de hacer germinar tendencias democráticas en las FFAA. En una palabra, debemos ponernos en la perspectiva de acumular más fuerzas que la dictadura en todos los terrenos y prepararnos para derrotarla política, social, ideológica y militarmente.

La perspectiva insurreccional.-

Pero hemos avanzado más en nuestra formulación y hemos señalado que el conjunto de estos procesos hay que ordenarlos tras la perspectiva de un desenlace probablemente insurreccional.

-Pensamos que legítimamente puede surgir la pregunta de si es posible o no realizar una previsión de esta naturaleza. En definitiva y durante muchos años, en la izquierda latinoamericana, ha existido una tendencia a poner en el centro de las discusiones el problema de la validez o no de determinadas formas de lucha, mientras que se postergaba -hasta que las condiciones maduraran suficientemente- una respuesta sobre el desenlace más probable de la revolución. Esta forma de enfrentar los problemas condujo al taticismo y con ello al desarrollo de múltiples desviaciones en el seno del movimiento revolucionario. Por un lado se incurrió en una absolutización de la acción armada y en particular de la guerrilla, mientras que por otro se subestimaba la validez de la lucha armada y se llegaba a identificar -sin un mayor análisis de la situación y de sus protagonistas- a la acción armada con el terrorismo.

Cuando constatamos la probabilidad de un desenlace insurreccional en Chile, tomamos en cuenta elementos de carácter objetivo y que van más allá de la afirmación justa, pero también general, de que las clases dominantes no entregan voluntariamente el poder, o para decirlo con las palabras de nuestro Secretario General: "las clases dominantes, nunca se dejan desalojar del poder pacíficamente, es decir, por la simple voluntad de las mayorías... Históricamente, siempre han recurrido a su poder armado para impedir las transformaciones revolucionarias."(2)

Al entrar en la consideración de estos elementos de carácter objetivo, nos parece en primer lugar de extrema importancia, atender a nuestra situación de dependencia frente al imperialismo y a la voluntad reiterada que éste ha mostrado de utilizar todos los medios a su alcance para frenar y revertir todo proceso que tienda a una efectiva democratización de nuestros países. Para quienes vivimos todas las alternativas del Gobierno Popular y desde hace ya varios años seguimos atentamente el curso sobresaltado del proceso revolucionario, en América Latina, la abundancia de consideraciones en torno a esto parece innecesaria. Pero de todas formas siempre es útil pensar -porque así lo hace también el enemigo- en los costes que acarrea para el imperialismo todo quiebre en alguno de los eslabones de su dominación en el Continente. De cómo se dispone a enfrentar estos quiebres, da testimonio el combate actual del pueblo salvadoreño.

En segundo lugar, es necesario sacar todas las consecuencias que se derivan de las contradicciones que se anudan en el seno de la sociedad chilena. Al igual que en la mayoría de los países del Continente y como consecuencia de su carácter capitalista dependiente, las reivindicaciones democráticas, antifascistas y antimperialistas se enlazan con reivindicaciones de carácter anticapitalista. Esto marca el carácter agudo que alcanzan las confrontaciones de clase, confiere un carácter avanzado a nuestro proceso revolucionario y plantea en última instancia -más allá de las formas originales que encierra todo proceso nacional-

que la revolución democrática nacional y popular, sólo puede ganar estabilidad y perspectiva histórica, si se constituye en el prólogo del avance hacia el socialismo.

En tercer lugar, debemos tener en cuenta el grado de desarrollo y reforzamiento que ha alcanzado el aparato burocrático y militar del Estado. Si éste ha sido siempre un factor de gran importancia, en la estimación de las posibilidades que tiene el pueblo de acceder al poder por medios principalmente pacíficos o armados; con más razón es necesario considerarlo seriamente ahora, cuando el fascismo ha desarrollado un plan sostenido de reforzamiento de ese aparato y lo ha enlazado, por múltiples conductos, con la estructura represiva que teniendo su base en el pentágono, se expande por todo el Continente.

La consideración de este conjunto de elementos, y de otros que hubiere sido posible tomar en cuenta, nos hace pensar que -más allá de nuestros legítimos deseos- las posibilidades reales de un desenlace no violento en la lucha contra la dictadura, se han estrechado considerablemente. Y conclusiones de esta naturaleza, no nos limitan por cierto para estar muy atentos y utilizar al máximo todas las posibilidades que surjan de las cambiantes circunstancias que encierra todo proceso revolucionario.

A esta altura nos parece necesario efectuar algunas puntualizaciones sobre temas que generalmente se han prestado a confusiones innecesarias y han servido de base a polémicas muchas veces interminables.

Quizás para algunos compañeros bien intencionados, este tipo de planteamiento encierra el peligro de caer en desviaciones de izquierda. Nosotros pensamos que ese peligro se evita, al igual que se evita el caer en el otro tipo de desviación, cuando somos capaces de no contraponer artificialmente dos elementos que el momento actual de Chile y América Latina exigen considerar y resolver simultáneamente. Por una parte, la alta probabilidad de un desenlace insurreccional y por otra, la necesidad de desarrollar una política amplia que recoja las aspiraciones de las grandes mayorías nacionales, las vertebré en la lucha por la democracia y las proyecte unitariamente hacia el socialismo. Y cuando decimos esto, estamos pensando también en aquellos sectores de las FFAA susceptibles de ser incorporados, por nuestra acción ideológica y práctica, al campo de la democracia.

En el marco de estas puntualizaciones, un primer elemento a tener en cuenta, es que la previsión de un desenlace probablemente insurreccional no implica obviamente un llamado directo a la insurrección. La previsión de un desenlace de esta naturaleza, cuando todavía no existen las condiciones concretas para él, es un factor que se orienta a la ordenación de nuestra política y que ayuda a la necesaria preparación subjetiva del Partido y de las masas. Es así que cuando el fascismo pretende encerrar en determinados marcos, cada vez más restringidos, a la acción opositora,

nuestra previsión y nuestra voluntad deben orientarnos a romper, en cada acción concreta y dentro de lo posible, esos estrechísimos marcos que se nos pretende imponer. Como lo afirmara la Dirección Exterior de nuestro Partido: "...las masas aprenden de su propia experiencia que no tienen otra alternativa que enfrentar y derrotar a la dictadura en cada frente, que ello es posible, que el sobrepasar los marcos institucionales y políticos que la dictadura impone, en cada lugar y circunstancia, es la condición para crear la marea democrática que la derribará. La respuesta abierta a cada una de las medidas que el régimen toma, la desobediencia creciente, en una palabra la acción de un pueblo que se rebela surge como el único camino posible."(3)

Se trata por lo tanto de orientar nuestra política de una determinada manera, no a ciegas y a bandazos, sino persiguiendo un fin, y en esto la previsión estratégica cobra toda su dimensión.

Un segundo aspecto es que el orientarnos tras una perspectiva de ruptura, nos exige simultáneamente desarrollar una gran política nacional, que como toda la experiencia latinoamericana y mundial, es todo lo contrario de una concepción estrecha de la lucha.

Esta política se concreta en la organización y acción del movimiento obrero, en su enlazamiento con las capas medias y la intelectualidad; pero también en el esfuerzo por acercar y hacer converger a diversas corrientes del pensamiento, principalmente a marxistas y cristianos; y no en último término, en nuestra capacidad para extraer a sectores militares al amplio campo de las fuerzas democráticas. En relación con esto, hay experiencias que es conveniente tomar en cuenta. Una destacada combatiente salvadoreña dijo: "...en el curso de la lucha es importante registrar la experiencia siguiente: hay elementos en el seno de las FFAA que objetivamente podrán en el futuro también ser parte activa de este proceso. No ha sido posible mantener la unidad monolítica de las FFAA. Pero esto no es obra exclusiva de una política definida hacia ese aparato, sino ante todo, es fruto de que incluso ante ellos va surgiendo también la perspectiva del movimiento revolucionario..."(4)

En suma, una política de esta naturaleza, pone siempre en el centro la unidad y la acción común de amplios sectores sociales, políticos e ideológicos. Esta unidad y acción de masas que recoge y unifica tras objetivos comunes a toda la variedad y diversidad del antifascismo es premisa ineludible de una insurrección democrática victoriosa.

Cuando nos enfrentamos a estos temas, no deja de ser interesante y valioso revisar las páginas del pasado. En Septiembre de 1925 se registró en tierras búlgaras el primer levantamiento democrático y antifascista en el mundo. El fracasó y analizando las causas, uno de sus activos participantes señala cuatro elementos centrales: "...no fueron utilizados todos los medios para llevar a cabo una lucha legal, para movili-

zar a las masas populares, ... no se prestaba la atención conveniente a la organización de actos políticos de masas, ... la clase obrera no llegó a conseguir la unidad de acción, .. la cuestión de construir un amplio frente antifascista no fue enfocada por el partido con la debida energía y como resultado de esto quedó sin resolver, y ... el partido como un todo, no logró realizar una labor suficientemente amplia y firme para atraerse dentro del ejército a los hijos del pueblo trabajador."

(5)

De lo señalado parece desprenderse, además, que un desenlace insurreccional victorioso dependerá en primer lugar, de la justa resolución de los problemas políticos y luego de su complementación con los elementos militares y técnicos necesarios. Y por supuesto, sin rebajar en absoluto la importancia de este segundo elemento, sin el cual no sería posible plantearse con seriedad la victoria.

Un tercer elemento, es que debemos evitar confundir la previsión insurreccional, que como lo hemos visto es un factor que se integra en la concepción estratégica general del movimiento, con las formas, métodos y medios de lucha que se utilizan en cada etapa o fase del proceso.

De la misma forma que la afirmación y la voluntad de estar preparados para todas las formas de lucha, no contesta a la pregunta sobre el desenlace más probable del proceso revolucionario, tampoco sería justo vincular automáticamente la perspectiva insurreccional con la utilización de una sola forma de lucha.

La experiencia enseña: primero, que el movimiento debe estar en condiciones de dominar todas las formas de lucha; segundo, que la utilización de unas u otras, su predominio y combinación, depende siempre de las circunstancias concretas en cada país; tercero, "que una lucha no es reformista porque sea legal o encierre el propósito de abrir espacios democráticos, ni es revolucionaria por su carácter armado. El contenido revolucionario de cualquier forma de lucha lo define su resultado, en el sentido de hacer avanzar o retroceder a las masas populares respecto de los objetivos finales"(6); y cuarto, que un movimiento que se plantea seriamente la perspectiva insurreccional, puede a la vez por diferentes razones, utilizar durante determinados períodos formas de lucha principalmente no armadas.

Como bien se ha dicho: "aún en condiciones de iniciativa de la violencia por la reacción, la elección de los métodos de lucha sigue estando subordinada a la situación política, en particular al estado de ánimo de las masas... La respuesta nunca puede darse separada de una consideración del papel de las masas; pero la respuesta obligatoriamente debe englobar las posibilidades de luchar en todos los terrenos a que nos lleva el enemigo."(7)

El entender las cosas de esta manera, es en la práctica una supera-

ción de antiguas limitaciones; es saber recoger la inmensa experiencia que nos dejan las victorias y las derrotas y elevar así la capacidad de conducción política y de masas a una calidad superior.

A estas alturas, y entendiendo que sobre este tema deberemos investigar y desarrollar mucho más a partir de aquí, parece conveniente señalar algunos aspectos acerca de que estamos pensando cuando hablamos de insurrección.

"La insurrección, es decir una fase solamente del ciclo político que se denomina revolución, aunque por cierto la fase más importante y decisiva. La revolución es el todo y la insurrección es una parte."(8)

Hay, por tanto, procesos anteriores y posteriores a ella. Los anteriores, en nuestro caso, tienen que ver con la necesidad de desarraigar concepciones erróneas que apuestan sólo al papel de las vanguardias armadas o que, por otro lado, viven con disimulo o sin él la ilusión de desarrollos superiores de formas de oposición permitidas por la tiranía.

A la insurrección sólo podrá llegar un pueblo decidido a poner término a las más indignantes formas de opresión, como son las que se practican en el Chile de hoy, que construye una enorme y vigorosa unidad nacional, de todos los que de una u otra manera son expropiados, reprimidos, engañados y explotados por el fascismo, y que entiende que dicha unidad, en cuanto se da como objetivo la recuperación del país para el pueblo soberano, debe expresarse en formas de rebeldía y resistencia paulatinamente superiores. "Por su propia deficiencia una insurrección nacional es lo contrario a una concepción estrecha de la lucha. Un levantamiento democrático como el que se requiere será producto de la conjugación de fuerzas de origen y pensamiento muy distintos, que en su propia variedad encontrarán una de las fuentes principales de su superioridad."

"El terreno principal en que esa unidad nueva de nuestro pueblo crece y se hace realidad, es el movimiento de masas. Allí es donde confluyen en la práctica los diversos sectores, cuyo acuerdo político se ha demostrado más dificultoso y muchas veces imposible. Por ello es que no hay tarea más importante, ni forma de combate más urgente a desarrollar que la de estructurar y coordinar en un nuevo nivel al movimiento de masas democrático orientándolo en concreto al enfrentamiento a la dictadura en cada uno de los frentes en la ésta desarrolle sus operaciones de estabilización."(9)

La perspectiva insurreccional asume plenamente la necesidad de la alianza estratégica de largo aliento de las fuerzas democráticas. Y no sólo por la necesaria convergencia de las fuerzas que pueden conducir al éxito el proceso insurreccional, sino también porque sólo la permanencia de esa vasta unidad impedirá los riesgos de regresión y asegurará la estabilización en el poder de los que enfrentaron a la tiranía.

Pero a nadie debe ocultarse la significación del contenido militar que el proceso que prevenimos deberá tener. Las masas, en su camino de resistencia deberán incorporar inevitablemente capacidad armada a su lucha. El éxito en el objetivo de derrocar a la dictadura tiene, de modo principal, componentes políticos, sociales e ideológicos. Pero no habrá culminación de ese objetivo mientras no exista, también, la posibilidad de derrotar el poder militar del fascismo.

La vida ha demostrado que esa derrota combina inhibición de la capacidad represiva del régimen opresor, construcción en el interior de los propios aparatos armados del Estado fascista de fuerzas democráticas y desarrollo de la capacidad bélica del pueblo.

Cuando hablamos de insurrección pensamos en un complejo y costoso proceso de acumulación y utilización de las fuerzas del pueblo. A nadie, sino a aventureros aislados, le entusiasma la acción militar por sí misma, sino que se trata del convencimiento de que la historia de injusticias y crímenes que la patria vive en la actualidad exige poner término a la tiranía y erradicar todos sus vestigios y que el camino que aquí esbozamos es el que aparece necesario.

A los revolucionarios nos interesa la vida y debemos poner gran atención a los costos que los pueblos pagan en el camino de su liberación. Por ello hemos señalado que "La formación de un nuevo consenso democrático, la construcción de un poderoso movimiento de masas pluralista, autónomo y unitario que desarrolle su fuerza en todos los terrenos y formas y la constitución de una corriente democrática en las FPAA configure el proceso que con más alta probabilidad nuestro pueblo recorrerá para vencer. Cuantas más fuerzas sociales, políticas, ideológicas y militares se sumen en este proceso, más aislado quedará el fascismo y menores serán los costos que el pueblo y la nación chilena tendrán que pagar por el inevitable enfrentamiento con la dictadura." (10)

Tanto el camino que el pueblo deberá recorrer, como el desenlace de la insurrección, como la estabilidad del proceso democrático que de ella resulte, estarán condicionados por la amplitud y unidad de las fuerzas sociales y políticas que logren ~~participar~~, por la dimensión de la movilización de masas en la resistencia al modelo fascista y por el curso de la situación en el terreno militar.

El movimiento de masas.-

Estamos convencidos que todo lo expuesto desplegará plenamente su fertilidad, si somos capaces de organizar, movilizar y conducir a la lucha a los sectores más amplios de nuestro pueblo. Esto está en la base de nuestra concepción y de ello derivamos las tareas principales a que debemos abocarnos en esta fase de la lucha antifascista. Estas tareas recogen lo que ya hemos avanzado, pero a la vez se constituyen en un punto de partida imprescindible para desarrollar-

nes hacia etapas superiores.

En esta perspectiva, nuestra línea de masas apunta principalmente hacia la formación de un Comando de Organizaciones Democráticas que reúna y unifique a todo el vasto movimiento social que se opone a la dictadura y se transforme en el canal orgánico que exprese las reivindicaciones y la lucha del movimiento de masas. Simultáneamente, hemos afirmado que para lograr lo anterior, es una condición básica el reconquistar, extender y profundizar la unidad de la organización obrera en el plano sindical. Esta es la base para que la clase obrera despliegue toda su fuerza principal en el combate por la democracia y se desarrolle en torno a ella el agrupamiento de los sectores democráticos del país.

Solamente si ponemos lo principal de nuestros esfuerzos en esta perspectiva, podremos ir creando las condiciones para alcanzar un acuerdo entre todas las fuerzas políticas que resisten, se oponen o simplemente tienen contradicciones parciales con el fascismo y su política. Los lineamientos mínimos de este acuerdo los ubicamos en torno a la necesidad de terminar con la dictadura y sustituirla por un régimen democrático que restablezca todas las libertades políticas y sindicales, desmantele el aparato represivo de la dictadura y ponga en marcha un programa económico-social que recoja las legítimas aspiraciones de las grandes mayorías nacionales.

Hemos dicho, por último, que es indispensable reconstruir y renovar profundamente la unidad y capacidad de dirección de todas las fuerzas que integran la Unidad Popular, expresión política necesaria de las fuerzas que luchan por la democracia y el socialismo.

Todos estos objetivos -que hemos señalado en forma resumida- apuntan a desarrollar en el país un clima opositor de envergadura que materialice y extienda el aislamiento de la dictadura. Alcanzar esta meta no será principalmente un problema de formulaciones programáticas que se detallan hasta el infinito, sino de masas que se movilizan y luchan y de partidos que sabiendo preservar sus estructuras clandestinas, simultáneamente se orientan teórica y prácticamente hacia una gran política nacional, sin oponer artificialmente los principios con la máxima amplitud programática y táctica.

El cumplimiento de estas tareas principales no se reduce en la práctica a un orden de prioridades; ellas se van implementando simultáneamente y se influyen mutuamente. Pero es más, ellas deben traducirse en iniciativas concretas en el terreno de la lucha de masas, "...es necesario pasar ahora de la consigna general opositora al régimen, a las consignas concretas que opongan nuestras fuerzas a las formas particulares mediante las cuales éste impone su dominio. Organizar la batalla contra las "siete modernizaciones", agrupar en torno a ella a los sectores afectados, generando plataformas alternativas y tras

ellas creando incluso organizaciones específicas orientadas a impedir crecientemente su puesta en práctica, debe ser una línea ordenadora de nuestro trabajo en los próximos meses."(11)

No ignoramos por cierto, que esto resulta más fácil de formular que de implementar, y por ello nos preocupa que el movimiento popular no centre en esto lo principal de su discusión, elaboración y práctica común. Y nos preocupa también que comience a germinar una tendencia que traslade el eje de la discusión al problema de la validez o no de determinadas formas de lucha. Por este camino sólo se consigue abrir un espacio para que irrumpieran tanto los que ven en la "acción directa" un sustituto de la acción de masas, como los que, con diversos matices e intenciones, pregonan una política de oposición restringida a los espacios o marcos ganados a la dictadura o tolerados por ésta. Cuando esto comienza a ocurrir, de poco vale que el movimiento popular reafirme el rol principal de la lucha de masas, si este no es acompañado de políticas y acciones concretas. Y no creemos, sinceramente, que se piense que podremos cubrir esta carencia con la sola implementación de acciones armadas. Ellas pueden llegar a ser un elemento que estimule, refuerce o proteja la lucha del movimiento de masas, pero no convertirse en un elemento paralelo o contrapuesto; si así fuera, estaríamos incurriendo en una errónea separación de los problemas de la violencia de los problemas políticos.

El líder de un pueblo experimentado y victorioso afirmó: "... en la historia de la resistencia del pueblo de Vietnam contra los colonialistas agresores, hubo muchos y sucesivos movimientos patrióticos, muchos levantamientos armados... Pero todos esos movimientos no lograron conquistar la victoria liberadora del país. El fracaso de estos movimientos se debe a múltiples causas, pero demuestra que para llegara la victoria, la revolución debe ser necesariamente la obra de las grandes masas, un movimiento verdaderamente popular, sin lo cual ningún método de lucha podrá encontrar una solución al problema. Como lo dijo Lenin, la revolución ha de ser obra de las masas populares."(12)

Y esta afirmación no parece destinada a descartar la necesaria capacidad técnica del partido y las masas para luchar en todas las circunstancias. En nuestro caso, esto sólo podría hacerlo quien imaginara que el desarrollo y la lucha del movimiento de masas se va a operar sobre un terreno despejado y no enfrentando a un régimen que se asienta en la violencia y el terror o quien piense que un desenlace insurreccional no involucra la posibilidad de una fase avanzada en la cual "el problema militar se convierte en el problema político fundamental."(13)

Apuntes finales.-

No creemos sino haber iniciado el tratamiento de un tema que exigirá una amplia discusión en todo el Partido.

Habrá que intentar luego continuar desarrollando tres aspectos cuya

comprensión permitiría profundizar y enriquecer el debate:

- 1) Las cuestiones teóricas relativas al concepto de violencia, a la relación violencia-democracia-libertad, sobre el terrorismo, etc.
- 2) La cuestión relativa a los problemas militares y organizativos conectados con la insurrección, tanto en el terreno de la acción armada de las masas como del trabajo democrático hacia las fuerzas armadas y policiales.
- 3) La vinculación del tema iniciado con la historia reciente y más reciente de nuestro país.

"Lo cierto es que la libertad no es un medio sino un fin en la lucha revolucionaria que el proletariado está constreñido a conducir para dirigir al pueblo hacia la liberación de sus más miserables opresores.

Toda insurrección y toda revolución tienen su propia fisonomía. No existen insurrecciones ni revoluciones idénticas. Cada país le expresa a su manera, con su carácter, con sus medios y su alma. El estudioso, al echar una mirada al pasado, incluso sobre su propio país, sólo puede esbozar un esquema sobre el futuro, pero la historia de la humanidad escapa a las predicciones científicas."(14)

A veces parece a algunos que la lucha de nuestro pueblo no avanza lo suficiente; pero todos los días en Chile se desarrollan procesos que entregan nuevas experiencias y expresan la decisión de combate de nuestro pueblo.

Esa decisión y sus resultados serán cada vez más fructíferos si logramos mostrar un camino concreto para el derrocamiento de la tiranía y si convertimos a la práctica en la consejera principal de nuestras discusiones.

Mayo de 1981

